

Animales Cautivos

Estaba emocionado, iba con mi papá a ver el nuevo zoológico que habían abierto en la ciudad. Venía gente de toda Europa a visitarlo. Cuando llegamos, entramos en la carpa sin pensar. Había un grupo de gente reunida, me abrí paso a través de ellos para ver a los animales, pero solo distinguí unas personas altas y de piel oscura. Las miré confundido

—¿Y los animales?

—¿No los ves, hijo? Ahí están.

Miré donde apuntaba, pero solo vi a ese grupo de personas y un cartel a un lado que decía “Patagones”.

—¡Pero yo solo veo personas!

—¿Personas? Hijo, míralos bien, son solo animales, con sus costumbres raras y su apariencia tan distinta a nosotros. Ni siquiera podemos considerarlos humanos.

Yo seguía muy confundido, solo veía personas, aunque lucían con hambre, sucios, tristes. De pronto un guardia dijo: “Compren a su propio esclavo, escojan el que les guste”. Sin pensarlo dos veces los visitantes empezaron a arrebatarse sus hijos a los patagones. Ellos lloraban y gritaban y las madres escondían a los niños entre sus ropas. Mi papá me tiró del brazo.

—Rápido, hijo, alcancemos a tomar uno.

—Pero papá, no creo que debamos hacer eso, se ven tristes, no quiero separarlos de su familia.

—¿Es que acaso no lo entiendes? —me respondió molesto—. Los llevamos con nosotros para civilizarlos, es por su bien y para que dejen su salvaje cultura atrás.

Me quedé callado, a mi padre no le gustaba que lo contradijeran.

Tomamos a un niño para llevarlo a casa. Lo miré con curiosidad, no había dicho ninguna palabra, tal vez estaba asustado. Me acerqué y le dije:

—No te preocupes, puedo ser tu amigo si quieres.

—¡Te dije que no le hables! —me gritó—. No te va a entender, solo habla salvajadas y no entiende nuestro idioma.

Decidieron dejarlo en el patio, pues decían que “los animales no van dentro de la casa”. Lo veía pasar frío y hambre, cada día estaba más desnutrido, pero a pesar de eso me acercaba a él y le hablaba. Sabía que no me entendía, pero sí me escuchaba, a diferencia de mi padre, quien un día me descubrió dándole comida y se enojó conmigo.

—¿Por qué desperdicias tu comida en él?! No lo alimentes, ya tiene suficiente, no te rebajes a su nivel, él ni siquiera es un humano.

Yo solo me quedé callado. Esa noche lo golpearon y fue la última vez que lo vi con vida.

Ahí me di cuenta quienes son los verdaderos animales de este mundo.

Valentina Sotomayor